

Úrculo, el viajero visita Valencia

La Fundación Bancaja acoge una muestra antológica del artista criado en Asturias con cincuenta obras, algunas nunca expuestas en público, que inciden en su faceta más cosmopolita

ALICIA VALLINA

Los años de extraordinaria inspiración de Eduardo Úrculo se recogen gozosos e intensos en la exposición que desde el pasado viernes hasta el 8 de junio se podrá visitar en la Fundación Bancaja de Valencia. Son tiempos cargados de erotismo, de vacas, frutas, hamacas, geometrías en las que su hijo Yoann siempre está muy presente y también en las que su inconfundible iconografía del viaje nos invita a acompañarle como testigos mudos de su singularidad como hombre y como artista.

A través de más de cincuenta obras, muchas de ellas nunca mostradas al público y propiedad de su único hijo, Yoann, y de un buen número de coleccionistas particulares (entre ellos Juan Antonio Pérez Simón o José Serrano-Suñer), además de series propiedad del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, la muestra se centra en la faceta más cosmopolita del artista, recogiendo su excelente habilidad para cultivar con maestría diversas técnicas y formatos.

Tal y como cuenta Rafael Trénor, gran amigo de Eduardo y padrino de su hijo, Marco Polo describía para el Gran Khan ciudades lejanas y llenas de riquezas cuyo camino solo se abría para unos pocos. Así, Úrculo también se sumergió profundamente en lugares como Nueva York, que se instaló en sus lienzos y esculturas para permanecer allí como memoria humana. Realmente creo que quiso ser parte de la ciudad de los rascacielos porque, como ya cantara Sinatra, se extraviaba por sus calles con sus zapatos de vagabundo y recorría su corazón tratando de llegar a la cima de sus colosales construcciones. Quería acariciar su techo con el ala de su sombrero y descubrir que era el rey de su propio destino. Allí su arte se convirtió un poco más en música, en cine, en una vieja envoltura de la que ya nunca pudo desprenderse.

Por eso esta muestra se centra especialmente en el viaje, en las calles del Manhattan que Leonard Cohen tomó primero en el 88. En lugares donde todo era real y donde sonaba el jazz, los amantes se juraban la eternidad y los muchachos se bebían a sorbos el whisky que prendía el fuego de las almas. Eduardo pintaba el amarillo de los taxis sobre las chaquetas con las que se retrataba de espaldas, abrazado a sus amantes o contemplando, extasiado, la magnificencia de una ciudad de cine.

De hecho, una de las espléndidas obras que se exponen en la muestra es la titulada «You're the one», de 1997, en la que se inspiró la posterior película de José Luis Garci estrenada en el año 2000 y protagonizada por Lydia Bosch, Julia Gutiérrez Caba y Juan Diego. En la cinta Julia, deprimida y triste por el encarcelamiento de su novio, un importante pintor antifranquista, huye a Asturias para revivir, en su casona familiar de verano, una época en la que fue feliz y que le permita dejar de sentirse sola. Así,

la Nueva York que muestra Eduardo en el lienzo es como una cosmopolita Asturias, pues en ambas cualquier cosa es posible y los protagonistas se mimetizan con la ciudad en un ejercicio de crónica sociable, moderna y anónima.

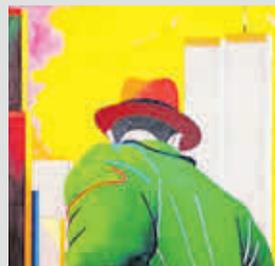
De colecciones particulares y nunca antes expuestas son algunas obras en las que Úrculo recrea a la perfección la vida en Chinatown, donde se suceden los establecimientos de comida rápida y de toda clase de productos turísticos, pero en la que él mismo, siempre autorretratado con su inconfundible sombrero, aparece como único protagonista y testigo de la escena. Propiedad del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid son la serie «Madame Bovary» y algunos carteles encargados por el Ayuntamiento de la capital para los llamados «Veranos de la Villa». En el primer caso, Eduardo emplea como musa de sus creaciones a una mujer anónima, cargada de erotismo, que, quizá como la protagonista de la novela de Flaubert, no encuentre más salida para escapar de la rutina que la de cistarse clandestinamente con su amante en

un estudio de artista. Por su parte, en el caso de los carteles, las mujeres vuelven a ser eternas protagonistas, retratadas con traje de baño y en sensuales actitudes acompañadas del sombrero de Eduardo como signo inequívoco de que él también estuvo allí.

Tampoco pueden faltar en la muestra obras pertenecientes a su etapa más pop, cargadas de sexualidad, donde la descripción del deseo, del erotismo, incluso de la inmoralidad cobra sentido a través del anonimato. La ausencia de rostros otorga a sus personajes la libertad de contemplar sin ser vistos. A veces se esconden, otras se muestran presos del deseo, pues es insaciable su pasión por la aventura, por ese viaje enigmático y paranoico hacia ningún lugar y hacia todos. Nuestras miradas convencionales se ruborizan, se exaltan, se retiran presas de un sentimiento evidente de intrusismo en el ámbito de la privacidad más individualizada. Es el artista quien desvela y revela su pecado, quien disfruta del escaparate de lo prohibido y quien abre las puertas a la tolerancia para que gocemos como él del aroma de lo común.

De todos modos, Úrculo siempre fue un incombustible buscador de caminos y sendas inexploradas, de experiencias vitales únicas y conmovedoras. Así, y como ya narra su admirable John Ford en su imperecedera cinta «El hombre que mató a Liberty Valance» (1962), uno siempre ha de vivir en el lugar en el que cuelga su sombrero. Por eso quiso ser un hombre que disparase más rápido que su propia sombra. Él siempre fue de los que tenían el revólver cargado para no tener que cavar. ■

Alicia Vallina es comisaria de la exposición «Eduardo Úrculo, un viajero cosmopolita»



Arriba, «Un lugar inevitable» (1996). Debajo, «You're the one» (1997), a la izquierda, y «El testigo» (1999).